

24
LOS MUCHACHOS DEL 62

Despacha la agencia AFP: “Garrincha fue cobardemente herido con una pedrada cuando caminaba hacia los vestuarios, por un desconocido. Debió aplicársele tres puntos en la cabeza”.

Fue un escándalo. La única gran estrella de la Copa del Mundo de 1962 salía de la cancha con el rostro bañado en sangre y la cabeza abierta por la certera alevosía de un fanático chileno que le había arrojado un objeto desde la tribuna. Así lo relataron agencias cablegráficas, enviados especiales, periódicos de todo el mundo y, en las siguientes cuatro décadas, numerosas publicaciones, libros y almanaques. Nunca me ha gustado la frase, pero voy a usarla: la noticia dio la vuelta al mundo. Se leyó y se comentó en Río de Janeiro y en Buenos Aires, en Bilbao y en Manchester. Pero en Santiago de Chile no.

No. En Chile no.

En Chile, donde la prensa dedicó páginas y más páginas a contar cada una de las menudencias ocurridas durante el pleito de semifinales entre Brasil y Chile, la mayoría de las publicaciones –periódicos, semanarios, revistas “especializadas”– no mencionó el incidente. En *El Mercurio* se coló a través de la transcripción del referido cable de la AFP. En los demás medios, nada. Nadie lo vio. Nadie se enteró.

La cobertura de prensa de ese encuentro es ilustrativa. Todo lo que pueda ensuciar la imagen del torneo, todo lo que pueda

cuestionar la historia oficial de un campeonato impecable, sencillamente se ignora, se borra sin pudores de la historia.

La versión oficial habla de la excelente conducta del público durante todo el torneo. Perfecto. Pero a un estúpido se le ocurre lanzar un objeto a la cancha, con tan buena puntería que le abre la cabeza al mejor jugador del campeonato. ¿Qué hacemos? Hay dos posibilidades. O renunciamos a la historia oficial o renunciamos a la verdad.

Amigos antes que nada

No pretendo levantar la tesis de una conspiración oficial para tapar la verdad. El asunto es bastante más sencillo. Pueblo chico, infierno grande. Profesionalismo poco, amistad mucha. Rigor periodístico escaso, vinos y agasajos demasiados.

El periodismo de 1962 es una profesión recién gestada. El 20 de abril de 1953 se abre la primera Escuela de Periodismo, la de la Universidad de Chile, y el 30 de octubre de 1956 egresa la primera generación de profesionales. De ahí surgen figuras como Raquel Correa, preocupadas fundamentalmente de la información política. Nada más lejano en el interés de esos pioneros que un periodismo motejado como de segunda clase, el deportivo. Una de las pocas excepciones notables entre los egresados de esos primeros años es Edgardo Marín.

Así, para 1962 el periodismo deportivo sigue siendo campo de acción de los viejos redactores formados “en terreno”. Es un tiempo romántico que vive de la bohemia y la intuición, pero que carece de las normas éticas y de rigor investigativo que inculcará más adelante el periodismo universitario. Es todavía un oficio, no una profesión. Los periodistas deportivos no son, por lo tanto, profesionales que derivan hacia un campo noticioso determinado, sino deportistas e hinchas que aprovechan sus dotes innatas de comunicadores. Algunos parten como practicantes de un deporte, otros como dirigentes, árbitros o barristas, y poco a poco van sumando a esas actividades la de reportero, sin cortar jamás el cordón umbilical con su actividad anterior.

Pedro Fornazzari es un ejemplo paradigmático. Entusiasta del deporte, es seleccionado chileno de básquetbol y uno de los fundadores del Club Deportivo de la Universidad Católica. Paralelamente, incursiona en el periodismo radial y luego escrito, como redactor de *El Imparcial*. Pero un trabajo no sustituye al otro: en 1952, viaja en calidad de dirigente a los Juegos Olímpicos de Helsinki. Es amigo de todos los directivos de la época. Y sigue escribiendo en la prensa. Asume como jefe de prensa del Comité Organizador del Mundial. Y sigue escribiendo en la prensa. Es juez y parte, pero no ve contradicción alguna en su doble papel. Juan Goñi es director de *La Nación* a la par que dirigente deportivo. Todos son amigos. Tras los partidos del Estadio Nacional, dirigentes, deportistas y periodistas se van juntos al Café Santos, donde animan amistosas tertulias. También las veladas boxeriles del Teatro Caupolicán son seguidas por cafés y tragos en común.

Recuerda el dirigente Patricio Vildósola: “Era un grupo de amigos, de gente bienintencionada. Teníamos todos algo en común: queríamos lo mejor para el fútbol chileno”. Recuerda el futbolista Leonel Sánchez: “En ese tiempo el periodista era amigo con uno, conversábamos y no había tanto cahuín. Yo todavía soy muy amigo con los periodistas de esa época”. Recuerda el periodista Julio Martínez: “La relación era excelente, ¡ex-ce-lente! Había un espíritu de confraternidad que hoy está perdido”.

Hasta hoy hablan de ellos mismos como “los muchachos del 62”. Periodistas, dirigentes y futbolistas por igual. Amigos por sobre todo. ¿Es eso periodismo?

Sancionar al culpable

Y a los amigos no se les cuestiona: se les ayuda. Y por eso los cronistas deportivos están en el primer lugar de los voluntarios cuando hay que organizar el Mundial.

Ya relatamos cómo la prensa deportiva incluso se adelanta a los dirigentes al formar las primeras comisiones para organizar el torneo. Nótese la desviación: no se preocupan de cómo

cumplirán su papel de informar acerca del torneo, sino de cómo lo organizarán. Tienen la mejor de las intenciones, pero no actúan como periodistas, sino como dirigentes. Y eso son en los años siguientes: un apéndice de la organización, un eficientísimo departamento de relaciones públicas desperdigado por todos los medios de comunicación, exaltando y respaldando todas y cada una de las acciones de la organización del campeonato.

El núcleo se reúne en el Café Santos, en la casa de Pinto Durán o en la de Dittborn. Además de los dueños de casa, entre los infaltables están Ernesto Alvear, Amador Yarur, Patricio Vildósola, Juan Goñi y Antonio Losada, junto a periodistas como Sergio Brotfeld, Hugo Sainz y Julio Martínez.

El hijo de Juan Pinto Durán, Juan Pinto Lavín, fue testigo privilegiado de esas reuniones. Los periodistas asistentes “le ponían mucho color, aportaban bastante”, recuerda. “En esa época no se concebía todavía la labor de relaciones públicas como una especialidad dentro del mundo empresarial o del espectáculo, entonces los periodistas hacían mucho esa labor, hacían contactos con dirigentes de otros países, con instituciones. Eran una especie de coorganizadores. Se matriculó mucha gente en una actitud quijotesca, desinteresada, por sacar adelante la empresa.”

Los periodistas están dentro, en el riñón mismo de la organización. Que no extrañe, entonces, que pasen tres años, hasta noviembre de 1959, sin que los preparativos avancen y nadie diga nada. Se excluye arbitrariamente a varias sedes, y se justifica la decisión. Hay fuertes críticas desde el extranjero, y se las desoye. Hay abusos en la venta y distribución de las entradas, y nada. Hay la cabeza rota de Garrincha, y nadie se da por enterado.

En 1961 el Congreso de la Asociación Internacional de Prensa Deportiva, reunido en París, expresa su “grave preocupación” por la falta de comodidades mínimas para la labor de la prensa, y clama a la organización por “las garantías elementales que todos los periodistas del mundo tienen derecho a exigir”. En la víspera del torneo, el Congreso Mundial de Periodistas repite el reclamo. Cada cierto tiempo, la prensa europea revisa con preocupación el evidente retraso de las obras, la falta de infraestructura y los

problemas de comunicaciones. En marzo, el secretario general de la FIFA, Helmut Käsler, se suma a la preocupación general al reconocer que “nada había de positivo en Chile”.

Para el periodismo criollo, todo está perfecto. Los críticos son ignorados o descalificados. Cuando Käsler (el segundo hombre de la orgánica) reprende a la organización, se le presenta simplemente como “un funcionario de la FIFA” y “un recién llegado”. Pocas semanas después, un periódico de Alemania Federal titula una crónica sobre las deficiencias de la organización como “VIAJE HACIA CHILE, CARAVANA DE LOCOS. CHILE ATERRORIZADO POR EL CAMPEONATO MUNDIAL”, y abunda en que “no hay camas, no hay localidades. Muy malas las comunicaciones, una sola cancha de aterrizaje...”.

El Gobierno reacciona de inmediato. ¿Qué hace? ¿Aceptar los problemas y enfatizar que estamos trabajando para superarlos? ¿Desmentir, cifras en mano, los datos erróneos o exagerados? No. Nada de eso. El subsecretario del Interior, Jaime Silva, se viste de policía y anuncia, con la peor de sus expresiones, que “para aclarar esta versión ya se han iniciado las investigaciones del caso y se espera sancionar al culpable”. Pronto la investigación policial permite individualizar al criminal: Martín Leguizamón, corresponsal de la agencia UPI. Muerto de miedo, no le queda otra al pobre Leguizamón que retroceder en sus dichos y atribuir sus críticas a “una mala traducción”.

Esta confesión al más puro estilo de las purgas estalinistas permite a la prensa nacional reafirmar que “todo está previsto y el mundo puede esperar confiado que Chile sabrá responder”, pese a “la cadena de informaciones erradas que se publican en el exterior”. ¿Es eso periodismo?

Tapar y tapar

Después de tamaña demostración de respeto por la libertad de expresión, no es de extrañar que los entusiastas amigos lleguen al paroxismo en su exaltación del Mundial, y que los críticos o disidentes prefieran guardar un prudente silencio. Hechos como el

escándalo de Exprinter o el caos en la venta de los abonos simplemente no aparecen en las páginas deportivas, y si tienen alguna mención en la prensa es porque sus ramificaciones les ganan un espacio en las notas de información general de los periódicos, o simplemente porque los afectados pagan inserciones en la prensa para denunciarlos.

Con el Mundial ya en desarrollo, la ayuda de los amigos desborda lo organizativo para exaltar también la deportividad de los futbolistas chilenos. Los escupitajos y agresiones de los que hace gala el equipo de Riera no son materia informable. Ya hemos visto cómo la guerra entre Chile e Italia se deforma hasta presentarla como un simple exabrupto de los futbolistas italianos, del que los chilenos son víctimas inocentes. Esta particular interpretación de la objetividad periodística se repite en el juego ante los soviéticos y escala hasta proporciones increíbles en el partido contra Brasil.

En esa ocasión, el brasileño Garrincha y el chileno Honorino Landa son expulsados por cometer infracciones calcadas: cansados de recibir faltas, intentan tomar la justicia en sus manos —en sus pies, mejor dicho— y agreden a sus marcadores. ¿Cómo relata la prensa chilena esas situaciones? Tomemos la crónica de *La Nación*, supuestamente el mejor periódico de deportes de la época:

Garrincha: “En falta descalificadora, golpea, cobardemente por atrás a Eladio Rojas, sin pelota”.

Landa: “El piloto chileno cambia algunas palabras con el árbitro del encuentro y éste procede a expulsarlo del campo”.

Una descripción ridícula que el propio delantero chileno se encarga de desmentir. Con honestidad, Landa reconoce que “le devolví un puntapié que me propinó antes el zaguero Mauro. Para mala suerte mía, el réferi me pilló”.

La confesión de “Nino” impide que su infracción sea simplemente negada por los cronistas chilenos, que sin embargo insisten en minimizarla. Para *El Mercurio*, su agresión “es típica de este muchacho sano, alegre y dicharachero, que perdió el control de sus nervios cuando fue objeto de reiterados fouls, especial-

mente por parte de Mauro, y aplicó a este último un puntapié que era más bien una chanza que una agresión peligrosa”.

Medias verdades, mentiras completas y deformaciones por doquier. ¿Es eso periodismo?

Los equipos ideales

Tampoco hay demasiado rigor a la hora de valorar el nivel de los futbolistas chilenos en el torneo. Para la prensa nacional, Leonel Sánchez, Eladio Rojas, Jorge Toro y Raúl Sánchez se cuentan entre las principales figuras del certamen. Es así como la revista *Gol y Gol* elabora un equipo ideal del campeonato con Schroif; Djalma Santos, Moore y Nilton Santos; Eladio Rojas y Flowers; Garrincha, Jorge Toro, Seller, Pelé y Charlton. También del central Raúl Sánchez se asegura que “logró figurar en el equipo ideal de Chile ‘62, gracias a su elegante forma de jugar”. De hecho, *La Nación* lo incluye a él, junto a Eladio Rojas y Jorge Toro, en su oncena ideal: Schroif; Lalá, Raúl Sánchez y Marzolini; Eladio Rojas y Solymosi; Garrincha, Jorge Toro, Ponedelnik, Amarildo y Meskhi.

Nada de eso vio, por cierto, el resto del mundo. En los equipos de estrellas elaborados fuera de Chile no aparece ningún nacional. Y los apellidos se repiten. Para *Clarín*, la oncena perfecta la formarían Schroif; Djalma Santos, Mauro, Voronin y Schnellinger; Masopust y Zito; Garrincha, Amarildo, Vavá y Skoblar. Idéntica escuadra encontramos en *Universo Fútbol*. *La Nación* de Costa Rica repite todos los nombres, salvo el de Skoblar, al que reemplaza por Zagallo. El brasileño Orlando Duarte reitera una oncena muy similar, con su compatriota Gilmar en vez de Schroif en portería, Novak en vez de Schnellinger, Didí en la posición de Amarildo, y Skoblar de nuevo en el puesto de Zagallo. Los otros siete nombres se repiten. Y la ausencia de cualquier chileno dentro de la nómina, también.

El mito eterno

Apenas terminado el Mundial, los dirigentes se apresuran a organizar una cena de gala en homenaje a la prensa. En el Club de la Unión, y de rigurosa etiqueta, los cronistas nacionales reciben los agradecimientos de la dirigencia, por su “fundamental e insustituible colaboración” en el éxito del campeonato.

Los celebrados hacen honor a tales palabras. Se sienten partícipes del torneo, y como tales, siguen ocupando el “nosotros” a la hora de exaltar, por las décadas de las décadas, el supuesto éxito del torneo chileno. Así, con una sola versión que se retroalimenta más y más, va creciendo el mito. El pincel selectivo del tiempo hace lo suyo y es así como, al cumplirse los diez años del Mundial, Carlos Bonilla puede escribir que “aquí no hubo diferencias para encarar el compromiso que se había asumido”, borrando en una sola frase mágica las múltiples disputas que incluyeron la expulsión del fútbol del deporte federado chileno, apenas semanas antes del Mundial, y la exclusión de Carlos Dittborn del liderazgo del balompié nacional.

En el mismo aniversario, la prensa “recuerda” también que “emergieron construcciones colectivas de progresistas diseños y el país vio una transformación”, aunque en la práctica apenas se construyó un estadio nuevo (el de Arica) y se acometieron obras como la ampliación de la calle Carlos Dittborn, en Ñuñoa, y la construcción de la Villa Olímpica. Edificaciones mucho menos importantes que los aeropuertos, embalses, carreteras y poblaciones construidos durante esos años, sin relación alguna con el torneo.

El mito se retroalimenta, y es así como ha logrado deformar los recuerdos de los mismos protagonistas, que honestamente hoy parecen creer que lo que realmente ocurrió es lo que la leyenda cuenta, y no lo que ellos mismos vieron y protagonizaron. No se explica de otro modo que Leonel Sánchez, por ejemplo, relate en 1999 que “al regreso [de la gira por Europa, Riera] formó dos selecciones y las hacía jugar permanentemente. La A casi no perdió”, en circunstancias que, como ya vimos, ese equipo “A”, con Sánchez como protagonista, sufrió numerosas goleadas y humillaciones después de esa gira.

La verdad de los otros

Entonces, ¿cómo se recuerda a nuestro Mundial en el resto del planeta? En lo deportivo, hay unanimidad para censurarlo por su violencia descarada, por la primacía del fútbol defensivo y por la falta de espectáculo, pecados de los que la selección local es uno de los protagonistas:

“Son más los recuerdos tristes que los alegres los que aparecen a la hora de repasar Chile 62. El nivel de juego fue realmente bajo (probablemente, el peor de la historia), la violencia y las infracciones fueron más comunes que el buen fútbol (...) un torneo en que la propuesta fue de un juego mecanizado, claramente defensivo, lindante con el aburrimiento y con hombres presos de sus funciones y sin libertad creativa” (Sergio Ferraro, *Argentina en los mundiales*).

“El Mundial de Chile no pasó a la historia por sus innovaciones técnicas ni por la brillantez de sus figuras. Fue un campeonato gris, con selecciones de bajo nivel futbolístico” (Futbolmundial.com.ar).

“Las estrellas a menudo no pudieron cumplir las expectativas, por los estrictos sistemas de juego. Hubo mucha experimentación, mucho póquer (...) después de la copa hubo incontables reclamos por una vuelta a un juego más ofensivo” (Matthias Voigt, *Fußballweltmeisterschaft 1962 Chile*).

“No fue un Mundial memorable como el de Suecia, tampoco fue polémico como el de Inglaterra. Fue, simplemente, Chile 1962 (...) un campeonato del mundo más bien opaco y predecible” (Eduardo Arias, *El libro del mundial*).

“Esta Copa del Mundo fue criticada por los pocos goles marcados y el exceso de violencia” (*Sporting News*).

“El Mundial de 1962, disputado en Chile, es considerado el primer divisor de aguas de la historia del deporte jugado con los pies... ¡Eureka! Se descubrió que los jugadores físicamente bien dotados podían usurpar el espacio a los más talentosos” (Roberto Assaf, *Banho de bola*).

“Un espectáculo mediocre respecto del Mundial de Suecia que lo precedió (...) parece que todos juegan solo para impedir

que el rival marque (...) las selecciones chilena, checoslovaca y uruguay se caracterizan por su juego violento y nervioso” (Agus Italia, “Cile 1962”).³⁹

Sobre la organización, también muchos balances son críticos y hasta despiadados:

“Pese al esfuerzo de la organización por garantizar un Mundial digno de ese nombre, la edición chilena se reveló muy deficiente desde el punto de vista económico. La asistencia de público fue una de las más bajas de todas las ediciones”.⁴⁰

“La elección de Chile por parte de la FIFA extrañó a más de uno, y hubo quienes consideraron que el país no disponía de la infraestructura adecuada (estadios, carreteras de acceso y capacidad) y que era incapaz de albergar un acontecimiento de semejantes dimensiones”.⁴¹

“Chile solo designó cuatro subseces, algunas de ellas francamente absurdas, como la ciudad fronteriza de Arica, en el desierto de Atacama, y Rancagua, una pequeña ciudad muy cercana a Santiago” (Eduardo Arias, *El libro del mundial*).

Sin embargo, también hay crónicas que, aunque destacan la pobreza y las fallas de la organización, ponen el acento en lo meritorio que resultó para Chile haber sacado adelante el campeonato. Claro que la mayoría de ellas se “compran” uno de los argumentos de la propaganda chilena: magnificar los daños causados por el terremoto de 1960. Así, se relata que “el 21 de mayo de 1960, día en que la nación celebraría el 150° aniversario de su independencia (sic), se produjo el terremoto más devastador que había sufrido el país (...) En Concepción y Talca, que resintieron los mayores daños, se derrumbaron los estadios de fútbol, y sería imposible edificarlos de nuevo, mientras los habitantes de dichas poblaciones no contaran con hogar” (*Enciclopedia mundial de fútbol* de la Editorial Océano). El terremoto no destruyó ningún estadio ni afectó gravemente a ninguna de las posibles sedes del

39 En www.agus.it/worldcup/1962.

40 Id.

41 Fifaworldcup.yahoo.com.

campeonato. Pero, para efectos internacionales, conviene mantener esa historia a modo de disculpa por no haber sido capaces de organizar un torneo de primera.

Así es la “verdad” del Mundial del 62. Una verdad oficial, digitada por conveniencia y mantenida con fervor. Una verdad tan maquillada como la de esas portadas de la revista *Estadio*, con una foto revelada en blanco y negro pero coloreada luego con tonos brillantes y exagerados. Una verdad retocada, deformada hasta lo monstruoso. Una verdad que, tal como los colores de esas portadas, al final no es más que una mentira verosímil, una fábula de final feliz y moraleja engañosa.

Nuestro “periodismo” deportivo

El 12 de septiembre de 1989, la evolución de una noticia tenía conmocionado a Chile. Hacía una semana, todo el país había visto caer al arquero chileno Roberto Rojas ante el paso de una bengala en el Estadio Maracaná. Minutos después, los futbolistas de la selección nacional cargaban al sangrante arquero y, obedeciendo instrucciones del entrenador Orlando Aravena, se refugiaban en el camarín. Chile se retiraba del partido y comenzaba el que pronto la FIFA calificaría como “el mayor escándalo en la historia del fútbol”.

Las reacciones de las primeras horas fueron de un chovinismo exacerbado. El comandante en Jefe de la Armada, almirante José Toribio Merino, calificaba a Brasil de “país primitivo”. El candidato presidencial de la oposición, Patricio Aylwin, exigía que se jugara un nuevo partido. Y cientos de fanáticos intentaban atacar la embajada brasileña, mientras el periodista Claudio Sánchez especulaba por televisión que los diplomáticos brasileños se habían escondido “avergonzados por el espectáculo que han dado, no solo a su país, sino que a Chile y al mundo entero”, y daba fe de que “hay absoluta unanimidad en cuanto a que la actitud de los jugadores de retirarse fue correcta”.

Con el pasar de los días, el fanatismo dio paso a las dudas. Cada nueva evidencia sepultaba la versión inicial: una fotografía

demostraba que la bengala no había golpeado a Rojas; quedaba claro que la herida en la frente del arquero la había producido un elemento cortante y no un golpe; y el protagonista comenzaba a contradecir sus primeras versiones. En ese momento Roberto Rojas cita a una conferencia de prensa. Es el instante ideal para que los periodistas deportivos chilenos saquen las garras, para que escarben en las dudas y buceen en la verdad.

¿Y qué ocurre? Ocurre que Rojas se presenta a la conferencia flanqueado por Carlos Caszely, comentarista de Radio Gigante, y Rodolfo Torrealba, gerente comercial de la misma emisora. “Están en calidad de amigos de Roberto”, explica uno de los organizadores del evento. Rojas lee un comunicado escrito por Torrealba, y a continuación se va a la radio para ser entrevistado por Caszely. En un par de minutos, el ex futbolista se metamorfosea, de amigo fiel a periodista entrevistador.

¿Algo más? Sí. El relator radial Nicanor Molinare pide la palabra en medio de la conferencia de prensa. “Yo no vengo a preguntar, sino a testimoniarte mi solidaridad y afecto, Roberto”, dice.⁴² Esa es la actitud de los líderes de opinión del periodismo deportivo chileno, en medio de su peor escándalo de todos los tiempos. ¿Es eso periodismo?

El episodio Rojas deja aún otra anécdota, un bochorno que da luces sobre la calidad profesional de nuestra prensa deportiva. En diciembre de 1989, los medios chilenos se mueven en masa hacia la sede de la FIFA en Zúrich, donde esperan la decisión final de la orgánica internacional sobre el caso Rojas.

La reunión decisiva está cruzada por las suspicacias sobre la imparcialidad de la FIFA, hasta ahora complaciente con la federación brasileña, que dirige Ricardo Teixeira, el cuñado del mandamás Joao Havelange. Y por eso nuestros incisivos periodistas están en Zúrich, atentos, fiscalizadores. Esperan en una sala interior el final de una reunión que se alarga cuando un amable funcionario se acerca y los invita a pasar a un salón con-

⁴² La historia se relata en extenso en *El caso Rojas: Un engaño mundial*, de Marco Antonio Cumsille y Harold Mayne-Nicholls.

tigo, donde se han dispuesto algunos *souvenirs* para ellos. Ante la mirada atónita del funcionario, los periodistas se lanzan a correr por el pasillo, intentando llegar primero a la repartición de baratijas. Los más rápidos toman todos los gorritos, pins, llaveros y tazones que sus brazos pueden abarcar, y vuelven cargándolos con una amplia sonrisa. Los más lentos rumian su falta de reacción; apenas han alcanzado a llevarse un par de regalos. El amplio mesón repleto de chucherías queda vacío tras el paso de esta plaga de langostas.

Ése fue por mucho tiempo el perfil del periodismo deportivo en Chile: complaciente y amistoocrático hasta el límite de la indignidad. Así, no debe sorprender que en las últimas décadas los dirigentes hayan ejecutado un sinfín de arbitrariedades y desfalcos, sin que nadie dijera esta boca es mía. La intervención de Colo-Colo por parte del gobierno de Pinochet, en 1976, la falsificación de pasaportes de la selección juvenil de fútbol en 1979, y el desguace de la Universidad de Chile por Rolando Molina y Ambrosio Rodríguez, en 1982, son solo algunos de los escándalos que la prensa unánimemente ocultó o minimizó.

Es que los periodistas seguían siendo los mejores amigos de los dirigentes. Y así se institucionalizaron prácticas al menos curiosas, como la tradición de clubes y federaciones de premiar a reporteros con medallas o sumas de dinero. Los fiscalizadores aceptaban gustosos los obsequios y las palmaditas en la espalda de sus teóricos fiscalizados, todo en el marco de bien regadas cenas. La práctica llegó al paroxismo de lo absurdo cuando la Digeder se unió al Comité Olímpico de Chile (COCh) para autoasignarse el derecho de elegir al mejor periodista deportivo del siglo. Todos los nominados aceptaron la designación. Y a nadie le llamó la atención que el COCh, la organización más corrupta de la historia reciente de Chile, la misma cuyos cinco últimos presidentes han debido renunciar por escándalos de robos y coimas,⁴³

43 El prontuario del Comité Olímpico de Chile es impresionante. Su historia negra comenzó en 1978, cuando su presidente, Armando Gellona Ansaldo (1974-1978), fue recluido en Capuchinos, acusado de malversar \$ 87 millones provenientes de la Polla Gol. Fue

tuviera la desfachatez de separar a los buenos de los malos periodistas, agradeciéndoles así por un cómplice silencio de años.

El Colegio de Periodistas y el Círculo de Periodistas Deportivos participaron gustosos en esta mascarada. Nada de esto llamó la atención. Es el círculo de amigos, los muchachos del 62 y de siempre. ¿Es eso periodismo?

condenado a cuatro años de cárcel. Le sucedió Enrique Fontecilla Rojas (1979-1980), quien excepcionalmente no fue protagonista de ningún escándalo de platas. “Solo” le correspondió violar los principios de la carta olímpica, que ordena la total independencia de la política y los gobiernos. Fontecilla acató la petición del general Pinochet para que el COCh boicoteara los Juegos Olímpicos de Moscú, desliz que no ha sido óbice para que Fontecilla presida el Tribunal de Honor del Comité Olímpico, encargado, precisamente, de castigar las faltas cometidas contra el “espíritu olímpico”; tampoco para ser considerado uno de los cinco mejores dirigentes del siglo, según la misma elección citada. Su reemplazante fue Gustavo Benko Kapuvary (1980-1984), cuyos manejos con fondos fiscales fueron cuestionados por la Contraloría General de la República en abril de 1984. Pese a ello, también pasó al Tribunal de Honor, antes de ser sancionado a perpetuidad. Le sucedió Juan Carlos Esguep Sarah (1984-1988), quien fue acusado de quedarse con US\$ 700 correspondientes a gastos de representación de los Juegos Panamericanos de Indianápolis. Era solo la punta de un iceberg formado por múltiples delitos económicos que lo llevaron a prisión. Esguep quedó libre cuando un informe del Servicio Médico Legal lo declaró incapacitado mentalmente, por “padecer de estados de sicosis maniaco-depresiva”. Sergio Santander Fantini (1988-1999) duró más tiempo en el cargo, y sus tropelías alcanzaron una escala internacional. Fue miembro del Comité Olímpico Internacional (COI) en representación de Chile, y avergonzó al país entero cuando fue expulsado, acusado de recibir US\$ 20.050 en coimas a cambio de votar por Salt Lake City como sede de los Juegos Olímpicos de Invierno de 2002. Según *USA Today*, Santander también recibió dinero de dieciocho compañías japonesas interesadas en asegurar la elección de Nagano como sede de los Juegos de Invierno de 1998. Además, desvió dineros del olimpismo internacional hacia Talca, donde se postulaba como diputado, según acreditó una investigación de la Cámara de Diputados. A Santander le sucedió Ricardo Navarrete Betanzo (1999-2001). El ex senador radical intentó presentar una imagen de probidad, pero pronto se conocieron irregularidades cometidas en la rendición de cuentas del Panamericano de Mar del Plata (1995), que incluían firmas falsas y doble rendición de los fondos aportados por el Estado. Navarrete fue jefe de la delegación en ese campeonato. Tras su obligada renuncia asumió Fernando Eitel Polloni (2001-2004). Su período terminó abruptamente después de verse obligado a reconocer que había adulterado boletas por gastos de representación. Según explicó, lo hizo “por el bien del deporte”.